



**Extracto de**  
**Los días de octubre**  
(de la parte III de las Memorias acerca de Lenin)

*Escrito: En ruso, en 1933.*

*Versión al castellano: Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscu.*

*Digitalización: Partido Comunista Revolucionario de la Argentina, julio de 2004, tomando como fuente el libro, La insurrección armada en Petrogrado, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscu, 1957.*

*Esta edición: Marxists Internet Archive, 8 de marzo de 2008..*

La toma del Poder en Octubre fue meditada y preparada minuciosamente por el partido del proletariado, por el Partido bolchevique. En el mes de julio empezó espontáneamente la insurrección<sup>11</sup> Se refiere a la manifestación espontánea de medio millón de obreros y soldados de Petrogrado celebrada el 3-4 (16-17) de julio contra el Gobierno provisional que amenazaba transformarse en insurrección armada. La manifestación transcurría bajo la consigna “¡Todo el Poder a los Soviets!” Los bolcheviques, que consideraban prematuro todavía el momento de la insurrección encabezaron la manifestación y le dieron un carácter pacífico y organizado. Por orden del Gobierno provisional el 4 (17) de julio se abrió fuego contra la manifestación. Los periódicos bolcheviques Pravda, Soldátskaia Pravda y otros fueron suspendidos. Diose comienzo a las represiones en masa contra los bolcheviques y los soldados que participaron en la manifestación. El Partido bolchevique pasó a la clandestinidad y comenzó a prepararse para la insurrección armada.

Más el Partido consideraba esta insurrección prematura y conservó toda su serenidad de pensamiento. Había que mirar a la verdad a los ojos Las masas no estaban preparadas todavía para la revolución. El Comité Central decidió diferirla. Para los bolcheviques era muy difícil contener a los rebeldes, a aquellos que ardían en deseos de lanzarse al combate. Pero cumplieron con su deber, pues comprendían la enorme importancia que tenía la elección del momento propicio para la insurrección.

Pasó un par de meses y cambió la situación. Ilich, que se veía forzado a ocultarse en Finlandia, escribió una carta al Comité Central, al Comité del Partido de Petrogrado y al de Moscú entre el 12 y el 14 de septiembre: “Habiendo obtenido la mayoría de votos en los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de las dos capitales, los bolcheviques pueden y deben tomar el Poder en sus manos”. Y más adelante demuestra por qué había que tomar el Poder precisamente entonces. Se preparaba la entrega de Petrogrado, con lo que disminuirían las probabilidades de victoria. Perfilábase una paz por separado de los imperialistas ingleses y alemanes. “Ofrecer precisamente ahora la paz a los pueblos significa vencer”, [1] escribía Ilich.

En la carta al Comité Central habla detalladamente cómo determinar el momento de la insurrección y cómo pararla: “Para poder triunfar, la insurrección no debe apoyarse en una conjuración, en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el auge revolucionario del pueblo. Y en tercer lugar, la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje radical en la historia de la revolución ascensional en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución”. [2]

Al final de la carta, Ilich indicaba qué era lo que se debía hacer para abordar la insurrección al estilo marxista, es decir, como un arte: “Y para considerar la insurrección al estilo marxista, es decir, como un arte, es necesario que al mismo tiempo, sin perder un minuto, organicemos un Estado Mayor de los destacamentos de la insurrección, distribuyamos las fuerzas, lancemos los regimientos de confianza contra los puntos más importantes, cerquemos el Teatro Alejandro[3], y tomemos la fortaleza de Pedro y Pablo, detengamos al Estado Mayor central y al Gobierno, enviemos contra los alumnos de las escuelas militares y contra la “división salvaje” tropas dispuestas a morir antes de dejar que el enemigo se abra paso hacia los puntos centrales de la ciudad; es preciso que movilizemos a los obreros armados, dirigiéndoles un llamamiento para que se lancen a una lucha desesperada, a la lucha final; es necesario que ocupemos inmediatamente las Centrales de Teléfonos y de Telégrafos, que instalemos nuestro Estado Mayor de la insurrección cerca de la Central de Teléfonos y poner en contacto telefónico con él a todas las fábricas, todos los regimientos y todos los puntos de la lucha armada, etc.

Todo esto, naturalmente, como simple orientación, como ejemplo de que en los momentos actuales no se puede ser fiel al marxismo, a la revolución, sin considerar la insurrección como un arte”.[4]

A Ilich le preocupaba extraordinariamente que se desaprovechase el momento oportuno para la insurrección mientras él estaba en Finlandia. El 7 de octubre escribió a la Conferencia local de Petrogrado; escribió también al Comité Central, al Comité del Partido de Petrogrado y al de Moscú y a los miembros bolcheviques de los Soviets de ambas capitales. El día 8 envió una carta a los camaradas bolcheviques que participaban en el Comité regional de los Soviets de la región del Norte, y como se hallara preocupado por la suerte de esa carta, se presentó al día siguiente en Petrogrado, alojándose ilegalmente en la barriada de Víborg, y desde allí dirigió los preparativos de la insurrección.

Durante el último mes, Lenin vivió entregado por completo a la idea de la insurrección, no pensaba en otra cosa Y contagiaba a los camaradas su estado de ánimo y su convicción.

La última carta de Ilich a los bolcheviques que participaban en el Congreso regional de las Soviets de la región del Norte, escrita desde Finlandia, tiene una importancia excepcional. Decía así:

“... Pero la insurrección armada es un aspecto especial de la lucha política, sometida a leyes especiales, que deben ser profundamente analizadas. Carlos Marx expresó esta verdad de un modo muy tangible al escribir que ‘la insurrección armada es, como la guerra, un arte’.

"Marx destaca entre las reglas más importantes de este arte las siguientes:

"1. No jugar nunca a la insurrección y, una vez empezada, saber firmemente que hay que llevarla a término.

"2. Hay que concentrar en el lugar y en el momento decisivo fuerzas muy superiores a las del enemigo; de lo contrario, éste, mejor preparado y organizado, aniquilará a los insurrectos.

"3. Una vez empezada la insurrección, hay que proceder con la mayor decisión y pasar forzosa e infaliblemente a la ofensiva. 'La defensiva es la muerte de la insurrección armada'.

"4. Hay que esforzarse por sorprender al enemigo desprevenido, aprovechar el momento en que sus tropas se hallen dispersas.

"5. Hay que esforzarse por obtener éxitos diarios, aunque sean pequeños (incluso podría decirse que a cada hora, si se trata de una sola ciudad), manteniendo a toda costa la 'superioridad moral'.

"Marx resume las enseñanzas de todas las revoluciones en lo que a la insurrección armada se refiere, citando las palabras de Dantón, 'el más grande maestro de táctica revolucionaria que conoce la historia: audacia, audacia y siempre audacia'.

"Aplicado a Rusia y al mes de octubre de 1917, esto quiere decir: ofensiva simultánea, y lo más súbita y rápida posible, sobre Petrogrado, ofensiva que deberá partir indefectiblemente de fuera y de dentro, de los barrios obreros, de Finlandia, de Revel, de Cronstadt, ofensiva de toda la escuadra y concentración de una superioridad gigantesca de fuerzas contra 15.000 ó 20.000 hombres (quizá más), de nuestra 'guardia burguesa' (los alumnos de las escuelas militares), contra las tropas de nuestra 'Vendée' (una parte de los cosacos), etc.

"Combinar nuestras tres fuerzas principales, la escuadra, los obreros y las unidades militares, de tal moda que por encima de todo podamos ocupar y conservar cualquiera que sea el número de bajas que nos cueste: a) la Central de Teléfonos; b) la Central de Telégrafos; c) las estaciones ferroviarias, y d) los puentes, en primer término.

"Seleccionar a los elementos más decididos (nuestras 'tropas de choque' y la juventud obrera, así como a los mejores marineros) y formar con ellos pequeños destacamentos destinados a ocupar los puntos más importantes y a participar en todos los sitios en las operaciones de más importancia, como por ejemplo:

"Cercar y aislar a Petrogrado, apoderarse de la ciudad mediante un ataque combinado de la escuadra, de los obreros y las tropas: he aquí una misión que requiere habilidad y triple audacia.

"Formar con los mejores elementos obreros destacamentos armados de fusiles y granadas de mano para atacar y cercar los 'centros' del enemigo (escuelas militares, Centrales de Telégrafos y Teléfonos, etc.) . La consigna de estos destacamentos debe ser: 'antes perecer todos que dejar pasar al enemigo'.

"Hay que confiar, en que, si se acuerda la insurrección, los jefes aplicarán con éxito los grandes preceptos de Dantón y Marx.

"El triunfo de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha"[5]

Esta carta fue escrita el 21 (8), y el 22 (9) Ilich estaba ya en Petrogrado; al siguiente día se celebró una reunión del Comité Central, en la que se aprobó la resolución, propuesta por él, de ir a la insurrección. Zinóviev y Kámenev se opusieron y exigieron que se convocara un pleno extraordinario del C.C. Kámenev declaró demostrativamente que se salía del C.C. Lenin pidió que se adoptasen contra ellos las sanciones de Partido más severas.

Derrotadas las tendencias oportunistas, se intensificó la labor de preparación de la insurrección. El 26 (13) de octubre, el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado tomó la resolución de formar el Comité Militar Revolucionario. El 29 (16) se celebró una reunión ampliada del C.C. con representantes de las organizaciones del Partido. Aquel mismo día, en la reunión del C.C. se eligió el centro militar-revolucionario encargado de la dirección práctica de la insurrección, integrado por los camaradas Stalin, Sverdlov, Dzerzhinski y otros.

El día 30 (17), el proyecto de organización del Comité Militar Revolucionario fue aprobado no solo por el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, sino por el Soviet en pleno. Cinco días después, en una reunión de comités de regimiento se reconoció al Comité Militar Revolucionario de Petrogrado órgano dirigente de las unidades militares de Petrogrado y se mandó desobedecer las órdenes del Estado Mayor que no fuesen refrendadas con la firma del Comité Militar Revolucionario.

El 5 de noviembre (23 de octubre), el Comité Militar Revolucionario empezó a designar comisarios con destino a las unidades militares. El día 6 de noviembre (24 de octubre), el Gobierno provisional decidió mandar a los tribunales a los miembros del Comité Militar Revolucionario y arrestar a los comisarios destinados a las unidades militares, y ordenó presentarse en el Palacio de Invierno a los alumnos de las escuelas militares. Pero ya era tarde: las unidades militares habían tomado el bando de los bolcheviques, los obreros estaban por la entrega del Poder a los Soviets, el Comité Militar Revolucionario funcionaba bajo la dirección inmediata del C.C., la mayoría de cuyos componentes, entre ellos Stalin, Sverdlov, Mólotov, Dzerzhinski, Búbnov y otros, formaban parte del Comité Militar Revolucionario. La insurrección se extendía.

El 6 de noviembre (24 de octubre), Ilich continuaba alojado clandestinamente en la barriada de Viborg, en la residencia de Margarita Vasílievna Fofánova, miembro de nuestro Partido (la casa estaba en la esquina de las calles Gran Sampsónievskaya y Serdobólskaya, N° 92/1 apartamento N° 42). Sabía que se estaba preparando la insurrección y sufría por encontrarse alejado de la acción en un momento así. Me enviaba esquelas con Margarita, en las que decía que no se podía demorar la insurrección, para que yo les diera el curso correspondiente. Por fin, a la tarde fue a verle Eino Rajiá, un camarada finlandés que tenía contacto con las fábricas y con la organización del Partido, y le servía de enlace con la misma. Eino le contó que por la ciudad circulaban patrullas reforzadas, que el Gobierno provisional había dado la orden de abrir los puentes levadizos del Neva con el fin de desconectar los barrios obreros, y que en los puentes montaban guardia los soldados. Era evidente que se iniciaba la insurrección. Ilich hubiera querido que Eino volviera acompañado de Stalin, pero después del diálogo mantenido estaba claro que era casi imposible hacerlo, pues Stalin estaría a ciencia cierta en el Smolny en el Comité Militar Revolucionario; seguramente no funcionarían los tranvías y se tardaría mucho en llegar. Ilich decidió ir él en persona al Smolny sin demora. A Margarita le dejó una nota: “He marchado a donde usted no quería que fuese. Hasta la vista. Ilich”.

La barriada de Viborg estuvo armándose y preparándose para la insurrección aquella noche; grupo tras grupo llegaban los obreros al Comité de distrito del Partido por armas e instrucciones. Por la noche fui a ver a Ilich a casa de Fofánova y allí me enteré de que se había marchado al Smolny. Zhenia Egórova, secretaria del Comité de distrito del Partido de Viborg, y yo nos subimos a un camión que enviaban los nuestros al Smolny no sé a qué. Quería enterarme si Ilich había llegado. No retengo en la memoria si lo vi en el Smolny o si me enteré simplemente que estaba allí, lo cierto es que con él no hablamos, pues estaba sumamente atareado con la dirección de la insurrección y, como siempre, al dirigir paraba mientes en todas las pequeñeces.

El Smolny estaba muy iluminado, parecía un hervidero. De todos los confines acudían por instrucciones guardias rojos, representantes de las fábricas y soldados. Tecleaban las máquinas de escribir; sonaban los teléfonos; nuestras muchachas, sentadas a las mesas, examinaban montones de telegramas; en el tercer piso, el Comité Militar Revolucionario estaba reunido permanentemente. En la plaza, delante del Smolny, había unos carros blindados con el motor en marcha, un cañón de 3 pulgadas y pilas de leña ante la eventualidad de levantar barricadas. A la entrada habíanse instalado ametralladoras y cañones, a las puertas se hallaban de guardia centinelas.

A las diez de la mañana del 25 de octubre (7 de noviembre) se entregó a la imprenta la proclama A los ciudadanos de Rusia, firmada por el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, en la cual se comunicaba:

“El Gobierno provisional ha sido derrocado. El Poder del Estado ha pasado a manos del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado: el Comité Militar Revolucionario, que está a la cabeza del proletariado y de la guarnición de Petrogrado.

"La causa por la que luchaba el pueblo -la oferta inmediata de una paz democrática, la abolición de la propiedad terrateniente de la tierra, el control obrero en la industria y la formación de un Gobierno soviético- está garantizada.

"¡Viva la revolución de los soldados, de los obreros y de los campesinos!"[6]

Aunque era evidente que la revolución había triunfado, el 25 por la mañana continuaba la intensa labor del Comité Militar Revolucionario: ocupaba los edificios públicos uno tras otro, organizaba su custodia, etc.

A las dos y media se celebró una sesión del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado. El Soviet acogió con tempestuoso júbilo la noticia de que existía el Gobierno provisional, de que habían sido detenidos algunos ministros y se detendría a los demás, de que había sido disuelto el Anteparlamento y ocupadas las estaciones ferroviarias, los edificios de Correos, Telégrafos y del Banco del Estado, de que se efectuaba el asalto al Palacio de Invierno. Aún no había sido tomado éste, pero su suerte había sido decidida de antemano y los soldados demostraban un heroísmo extraordinario; la revolución transcurría sin sangre.

El Soviet aclamó efusivamente a Lenin, que acudió a la sesión y pronunció un informe. No empleó palabras altisonantes con motivo de la victoria. Era ése un rasgo peculiar suyo. Habló de las tareas que se planteaban al Poder soviético, cuya realización había que emprender de lleno.

Dijo que había comenzado una nueva era en la historia de Rusia. Que el Gobierno soviético iba a realizar su cometido sin la participación de la burguesía. Que se publicaría un decreto aboliendo la propiedad privada de la tierra. Que se establecería un verdadero control obrero en la industria. Se desenvolvería la lucha por el socialismo. El viejo aparato del Estado sería destruido, demolido y se crearía un Poder nuevo, el Poder de las organizaciones soviéticas. Para ello contábamos con la fuerza de una organización de masas que podría con todo. La tarea inmediata consistía en concertar la paz. Para ello había que vencer al capital. Los proletarios de todo el mundo, entre los cuales se notaban ya síntomas de fermentación revolucionaria, nos ayudarían a concertar la paz.

Aquel discurso fue del agrado de los miembros del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado. Sí, comenzaba una nueva era en nuestra historia. La fuerza de las organizaciones de masas es invencible. Se alzaron las masas y el poder de la burguesía cayó. Les quitaremos la tierra a los terratenientes, refrenaremos a los fabricantes y, lo que es más importante, obtendremos la paz. La revolución mundial acudirá en ayuda nuestra. Ilich tenía razón. Su discurso fue coronado por tempestuosos aplausos.

Por la tarde debía inaugurarse el II Congreso de los Soviets. En él se tenía que proclamar el Poder soviético y confirmar de una forma oficial la victoria lograda.

Llegaban los delegados, que inmediatamente emprendían una gran labor de agitación.

El Poder de los obreros debía apoyarse en los campesinos, debía atraérselos a su lado. Se consideraba que el representante de sus intereses era el partido eserista.

Los eseristas de derecha eran los ideólogos de los campesinos ricos y de los kulaks. Los eseristas de izquierda, ideólogos del pequeño campesino, eran los típicos representantes de la pequeña burguesía, con todas sus vacilaciones entre la burguesía y el proletariado. Natansón, Spiridónova y Kamkov encabezaban el Comité de Petrogrado del partido eserista. Ilich conocía a Natansón desde la primera emigración. En aquel período, en 1904, Natansón estaba cerca del marxismo, pero le parecía que los socialdemócratas menospreciaban el papel de los campesinos. Spiridónova era entonces muy popular. En el período de la primera revolución, en 1906, siendo una joven de 17 años, mató a Luzhenovski, verdugo del movimiento campesino de la región de Tambov; fue sometida a salvajes martirios y luego la condenaron a trabajos forzados en Siberia, donde permaneció hasta la revolución de Febrero. Los eseristas de izquierda de Petrogrado se encontraban bajo la poderosa influencia de las opiniones bolcheviques de las masas. Tenían con los bolcheviques mejores relaciones que otros. Veían que los bolcheviques luchaban en serio por la confiscación y entrega de todas las tierras de los terratenientes a los campesinos. Ellos opinaban que era necesario establecer un usufructo igualitario de la tierra, y los bolcheviques comprendían la necesidad de la transformación socialista de toda la agricultura. Pero Ilich consideraba que en aquel momento lo más importante era confiscar las tierras de los terratenientes, y ya enseñaría la vida el camino que habría de seguir la reorganización posterior. Reflexionaba acerca de cómo componer el decreto sobre la tierra.

En las memorias de M. Fofánova hay un fragmento muy interesante, que dice: “Recuerdo que Vladímir Ilich me encargó conseguirle los números publicados del periódico Noticias del Soviet de Diputados Campesinos de toda Rusia, cosa que, naturalmente, cumplí. No recuerdo cuántos números adquirí, pero eran muchos, en una palabra, se trataba de un considerable volumen de material para analizar. Vladímir Ilich estuvo estudiándolo dos días hasta muy tarde, incluso por las noches, y luego dijo por la mañana: ‘Me parece que he examinado a todos los eseristas de cabo a rabo, hoy no me queda por leer más que el mandato de sus campesinos’, y a las dos horas me llamó, y dijo alegremente dando golpecitos con la mano en el periódico (vi que tenía en las manos el número correspondiente al 19 de agosto de Krestíánskie Isvestia): ‘Ya está preparado el acuerdo con los eseristas de izquierda. No es cosa de broma, el mandato está firmado por 242 diputados de las localidades. Basándonos en él redactaremos la ley acerca de la tierra y ya veremos si a los eseristas de izquierda se les ocurre escindirse’. Me enseñó el periódico, subrayado en varios sitios con lápiz azul, y añadió: ‘Solo queda por dar con un buen agarradero para después retocar a nuestro modo la socialización que ellos piden’”.

Margarita era agrónomo de profesión y por el carácter de su trabajo había tratado cuestiones de esta índole; por eso Ilich sentía un gran placer en hablar con ella de estas cosas.

¿Abandonarían los eseristas el Congreso o no?



El día 25 a las once menos cuarto de la noche se inauguró el II Congreso de los Soviets de toda Rusia. Aquella noche debía constituirse el Congreso, elegir la presidencia y determinar sus poderes. De los 670 delegados no había más que 300 bolcheviques; a continuación iban los eseristas, con 193 delegados, y los mencheviques, con 68 delegados. Los eseristas de derecha, los mencheviques y los búndovtsi echaban sapos y culebras por su boca contra los bolcheviques, los ponían de vuelta y media. Pronunciaron una declaración de protesta contra “la conjuración militar y la toma del Poder por los bolcheviques a espaldas de todos los demás partidos y fracciones representadas en el Soviet” y abandonaron el Congreso. Con ellos se retiró también una parte de los mencheviques internacionalistas. Los eseristas de izquierda, que eran la inmensa mayoría de los delegados de su partido, 169 de 193, se quedaron. En total abandonaron el Congreso unas 50 personas. El día 25 no asistió Ilich.

En el momento en que se inauguraba el II Congreso de los Soviets efectuábase el asalto al Palacio de Invierno. Kerenski, que disfrazado de marinero hablase ocultado la víspera, tomó un automóvil y marchó a Pskov. El Comité Militar Revolucionario de Pskov no lo detuvo, pese a tener orden en este sentido, firmada por Dibenko y Krilenko, y Kerenski salió para Moscú a fin de organizar una marcha contra Petrogrado, donde los soldados y los obreros habían tomado en sus manos el Poder. Los demás ministros, encabezados por Kishkin, se albergaron en el Palacio de Invierno bajo la custodia de los alumnos de las escuelas militares y del batallón femenino de choque, concentrados allí. Los mencheviques, los eseristas de derecha y los búndovtsi promovieron una escena histórica en el Congreso con motivo del asalto del Palacio de Invierno. Erlíj declaró que una parte de los vocales de la Duma urbana había resuelto comparecer sin armas en la plaza del Palacio en vista de que no cesaban de disparar cañonazos contra el edificio. El Comité Ejecutivo del Soviet de Diputados Campesinos, la fracción de los mencheviques y la de los eseristas decidieron adherírseles. Después de marcharse los mencheviques y los eseristas se hizo un descanso. Cuando se reanudó la sesión a las 3 y 10 minutos, fue comunicada la noticia de que el Palacio de Invierno había sido tomado, habían detenido a los ministros, desarmado a los oficiales y a los alumnos de las escuelas militares y se había pasado al lado del pueblo revolucionario el 3er. batallón de ciclistas, que Kerenski desplazara a Petrogrado.

Ilich, sin dormir apenas la noche anterior y tras haber tomado parte muy activa en la dirección de la insurrección, cuando ya no quedaba duda alguna de que la victoria estaba lograda y de que los eseristas de izquierda no abandonarían el Congreso, fue a pernoctar a casa de los Bonch-Bruévich, que vivían en Peskí, no lejos del Smolny. Lo acomodaron en una alcoba aparte, pero pasó largo rato sin conciliar el sueño; se levantó sigilosamente y púsose a escribir el decreto sobre la tierra que hacía ya mucho había meditado en todos sus detalles.

La noche del 26 de octubre (8 de noviembre) pronunció en el Congreso un informe fundamentando el decreto sobre la tierra, y dijo: “Se oyen voces aquí según las cuales el decreto y el mandato han sido redactados por los eseristas.

“Admitámoslo así. No importa quién los ha redactado; pero como gobierno democrático, no podemos nosotros dar de lado a la decisión de las masas populares, aunque estemos en desacuerdo con ella. En el crisol de la vida, en su aplicación práctica, poniéndolos en ejecución en el plano local, verán los mismos campesinos dónde está la verdad... La vida es el mejor maestro y demostrará quién tiene la razón. Que los campesinos resuelvan su problema por un extremo; nosotros haremos lo mismo por el otro. En el torrente común de la iniciativa

revolucionaria la vida nos obligará a acercarnos al elaborar las nuevas formas del Estado... Los campesinos han aprendido algo en estos ocho meses de nuestra revolución y quieren resolver ellos mismos todos los problemas relacionados con la tierra. Por eso nos pronunciaremos contra todo proyecto de enmienda a este proyecto de ley. No queremos entrar en los detalles, porque redactamos un decreto y no un programa de acción”[7]

Estas palabras reflejan toda la forma de ser de Ilich: la ausencia de un amor propio mezquino (lo que importaba era que las cosas estuviesen bien dichas, y no quién las hubiese dicho), la atención que prestaba a las opiniones de la gente del pueblo, lo bien que comprendía el vigor de la iniciativa revolucionaria, lo magníficamente que sabía que las masas se convencen en la práctica y con los hechos mejor que con nada, y su profunda seguridad de que la realidad, la vida, harían comprender a las masas que el punto de vista de los bolcheviques era acertado. El decreto sobre la tierra que defendía Lenin fue aprobado. Desde entonces han transcurrido 16 años.

La propiedad terrateniente fue abolida y, paso a paso, luchando contra las viejas costumbres y opiniones del pequeño propietario, se han creado nuevas formas de cultivo de la tierra: la colectivización de la agricultura, que abarca hoy la mayoría de las explotaciones campesinas. Las antiguas pequeñas explotaciones, la vieja sicología del pequeño propietario queda relegada al olvido. Se ha formado una poderosa y sólida base de la economía socialista.

Los decretos sobre la paz y sobre la tierra fueron aprobados en la sesión nocturna del 26 de octubre (8 de noviembre). En esto se llegó a un acuerdo con los eseristas. En lo que respecta a la formación del gobierno, las cosas andaban peor. Los eseristas de izquierda no abandonaron, ni podían abandonar, el Congreso, pues comprendían que eso les ocasionaría la pérdida de toda influencia en las masas campesinas; pero el hecho de haberse retirado el 25 de octubre del Congreso los eseristas de derecha y los mencheviques, el griterío que éstos armaran en torno a la aventura bolchevique, a la toma del Poder, etc., hizo profunda mella en ellos. Cuando los eseristas de derecha y otros se retiraron del Congreso, Kamkov, uno de los dirigentes de los eseristas de izquierda, declaró que ellos estaban por un gobierno democrático único, que harían todo lo posible para que se formase un gobierno así. Los eseristas de izquierda dijeron que querían hacer de intermediarios entre los bolcheviques y los partidos que se retiraron del Congreso. Los bolcheviques no renunciaban a las negociaciones, pero Ilich comprendía que serían estériles. Pues no se había tomado el Poder ni se había hecho la revolución para después uncir un cisne, un sollo y un cangrejo al carro soviético y formar un gobierno incapaz de funcionar al unísono, incapaz de moverse del sitio. Con los eseristas de izquierda, Lenin opinaba que se podía colaborar.

Un par de horas antes de inaugurarse el Congreso, el 26 de octubre, se celebró con tal motivo una reunión con representantes de los eseristas de izquierda. Conservo el recuerdo del ambiente de la reunión. Era una habitación en el Smolny amueblada con muelles butacones de color rojo oscuro. Spiridónova ocupaba uno de los asientos, a su lado estaba Ilich en pie e intentaba persuadirla suave y convincente de algo. No se llegó a un acuerdo con los eseristas de izquierda, no quisieron participar en el gobierno. Ilich propuso designar exclusivamente a bolcheviques para ocupar los cargos de ministros socialistas.

La sesión del Congreso del día 26 de octubre (8 de noviembre) se inició a las 9 de la noche. Yo asistí a aquella reunión. Recuerdo cómo Ilich pronunció su informe, fundamentando el decreto sobre la tierra. Hablaba con calma. El auditorio escuchaba atentamente. Cuando daba lectura al texto del decreto, me llamó la atención la cara que puso uno de los delegados que había sentado cerca de mí. Era una persona ya madura con aspecto de campesino. Presa de la emoción, su semblante adquirió cierta transparencia, cual si fuese de cera, y sus ojos refulgían con un brillo especial.

Se abolió la pena de muerte, que había establecido Kerenski para los soldados en el frente, se aprobaron los decretos sobre la paz y sobre la tierra, sobre el control obrero y se ratificó la composición bolchevique del Consejo de Comisarios del Pueblo. Para el cargo de presidente del Consejo fue designado Vladímir Uliánov (Lenin); Comisario del Pueblo de Asuntos Interiores nombrose a A. Ríkov; de Agricultura, a V. Miliutin; de Trabajo, a A. Shliápnikov; para los asuntos del Ejército y la Flota a un comité compuesto por V. Ovséienko (Antónov), N. Krilenko y P. Dibenko; de Industria y Comercio, a V. Noguín; de Instrucción Pública, a A. Lunacharski; de Hacienda, a I. Skvortsov (Stepánov); de Negocios Extranjeros, a L. Bronshtein (Trotski); de Justicia, a G. Oppókov (Lómov); de Aprovisionamiento, a I. Teodoróvich; de Correos y Telégrafos, a N. Avílov (Clébov); de Asuntos de las Nacionalidades, a J. Dzbugashvili (Stalin). El puesto de Comisario del Transporte quedaba vacante.

El camarada Eino Rajiá cuenta lo siguiente: Cuando en la fracción bolchevique se estaba confeccionando la lista de los primeros Comisarios del Pueblo, Lenin permanecía sentado en un rincón y escuchaba. Uno de los propuestos para Comisario del Pueblo empezó a negarse arguyendo que carecía de experiencia para dicho trabajo. Vladímir Ilich se echó a reír: “¿Acaso cree usted que alguno de nosotros tiene esa experiencia?” Claro que no había experiencia. Pero ante los ojos de Vladímir Ilich perfilábase la imagen de lo que debía ser un Comisario del Pueblo, un ministro de nuevo tipo, organizador y dirigente de esta o aquella rama en la labor estatal, estrechamente ligado a las masas.

Vladímir Ilich reflexionaba constantemente acerca de las nuevas formas de gobierno. Meditaba en la manera de organizar un aparato estatal de tal índole que no tuviera nada de burocratismo, que supiera encontrar el apoyo de las masas, que supiera organizarlas para que le ayudasen en su labor, que supiera preparar en esa labor a funcionarios de un nuevo tipo. En la disposición del II Congreso de los Soviets “Acerca de la formación del Gobierno Obrero y Campesino”, se expresa tal idea con las siguientes palabras: “Se encomienda la gestión de determinadas ramas de la vida del Estado a comisiones, cuyos componentes deben asegurar la realización del programa promulgado por el Congreso en estrecha ligazón con las organizaciones de masas de los obreros, de las obreras, de los marineros, de los soldados, de los campesinos y de los empleados. El Poder gubernamental pertenece al colegio de los presidentes de esas comisiones, es decir, al Consejo de Comisarios del Pueblo”. [8]

Recuerdo los diálogos que tuve con Ilich sobre este tema en las semanas que vivió en casa de Fofánova. Entonces yo trabajaba con gran entusiasmo en la barriada de Viborg y contemplaba con emoción la obra revolucionaria de las masas, la transformación radical de toda la vida. En mis entrevistas con Vladímir Ilich le hablaba de la vida del distrito. Me acuerdo que una vez le conté una sesión muy original de un tribunal popular, a la que asistí. Juicios semejantes tuvieron ya lugar en algunos puntos durante la revolución de 1905, por ejemplo, en Sórmovo. El camarada Chugurin, un obrero que yo conocía bien de la escuela del Partido que funcionaba en

Longjuman, cerca de París, y con el cual trabajaba en esta ocasión en el municipio de la barriada de Víborg, era de Sórmovo y se le ocurrió proponer que se organizaran en la mencionada barriada de Víborg juicios como los de antaño. La primera sesión del tribunal celebróse en la Casa del Pueblo. Acudió muchísima gente, que permanecía de pie, pegados los unos a los otros, subidos a los bancos y a las ventanas. No recuerdo con exactitud cuáles eran las causas que se veían. Pero no eran en sí delitos en el sentido estricto de la palabra; tratábase de cuestiones de orden moral. Procesábase a dos tipos sospechosos, que habían intentado detener a Chugurin. Se “juzgaba” a un vigilante alto y moreno por pegar a su hijo adolescente, explotarlo y no dejarlo ir a la escuela. Muchos obreros y obreras de los allí congregados hablaron y dijeron palabras ardientes. El “procesado”, al principio, no hacía más que limpiarse el sudor de la frente, luego corrieron las lágrimas por sus mejillas y prometió no volver a ofender a su hijito. En realidad, aquello no era un proceso, sino un control social sobre el comportamiento de los ciudadanos que forjaba una ética proletaria. Vladímir Ilich demostró un interés extraordinario por aquel “juicio” y me preguntó todos los pormenores.

Pero de lo que más le solía hablar era de las nuevas formas de trabajo cultural. Yo estaba encargada en el municipio de la Sección de Instrucción Pública. Durante el verano, la escuela de niños estaba cerrada y nos dedicábamos más a la labor de instrucción política. En esto me sirvió de buena ayuda la experiencia de cinco años que había adquirido trabajando en la escuela nocturna dominical que había en los años del 90 al otro lado de la Puerta del Neva. Es claro que los tiempos eran muy distintos y ahora se podía desplegar el trabajo en toda su amplitud.

Cada semana nos reuníamos con los representantes de cuarenta fábricas aproximadamente, discutíamos en común lo que había que hacer y cómo ejecutar tales o cuales medidas. Llevábamos a la práctica nuestras resoluciones sin demora alguna. Por ejemplo, resolvimos liquidar el analfabetismo, y los representantes de las fábricas, cada uno en la suya, llevaron a cabo con sus propios medios el recuento de los analfabetos, hallaron local para la escuela, presionaron sobre la dirección de las fábricas y consiguieron recursos pecuniarios. Incorporaron a un obrero a cada escuela contra el analfabetismo, que se encargaba de que no faltara nada de lo necesario: pizarra, tiza y cartones; elegíanse obreros que estaban al tanto de si se llevaba bien la enseñanza y de lo que a este respecto decían los obreros. Instruíamos a estos adjuntos y escuchábamos sus informes. Reuníamos a delegadas de las mujeres de los soldados, deliberábamos con ellas acerca del estado en que se encontraban las casas de niños, organizábamos el control de ellas sobre estas casas, les dábamos instrucciones y desplegábamos una gran labor de esclarecimiento. Reuníamos a los bibliotecarios del distrito y discutíamos con ellos y con los obreros las formas de trabajo de las bibliotecas para las masas. La iniciativa de los obreros brotaba como el agua de un manantial; en torno a la Sección de Instrucción Pública se agrupaba a muchas personas. Ilich decía entonces que la labor de nuestro aparato de Estado, de nuestros futuros ministros debería organizarse de esa forma, según el tipo de comisiones de obreros y obreras salidos del seno de la misma vida, que conocieran las costumbres, las condiciones de trabajo, lo que preocupa a las masas en cada momento. Vladímir Ilich hablaba conmigo sobre estos temas con particular agrado y frecuencia por parecerle que yo entendía las formas de atraer a las masas a la causa del gobierno del Estado, y luego maldecía con saña al burocratismo “tiñoso” que se colaba por todas las rendijas, y más tarde, cuando se planteó la cuestión de exigir más responsabilidad a los comisarios y a los dirigentes de las secciones de los Comisariados, que a menudo volcaban su responsabilidad en los colegios y comisiones, cuando se planteó la cuestión de la autoridad única, Ilich me incluyó inesperadamente en la comisión adjunta al Consejo de Comisarios del Pueblo que estaba encargada de examinar esta cuestión, y me dijo: hay que tener cuidado de que la autoridad única de ninguna manera coarte la

iniciativa y la independencia de la comisión ni debilite el contacto con las masas; hay que combinar la autoridad única y la capacidad para el trabajo con las masas. Ilich procuraba utilizar la experiencia de cada uno para la edificación del Estado de nuevo tipo. Ante el Poder soviético, a cuya cabeza estaba Lenin, se erguía la tarea de construir un tipo de aparato de Estado aún no visto en el mundo, que se apoyase en las más amplias masas trabajadoras, que rehiciese toda la vida social, todas las relaciones humanas de una forma nueva, de una forma socialista.

Ante todo era necesario defender el Poder soviético de los intentos del enemigo tendentes a derribarlo por la fuerza, de los intentos de descomponerlo desde dentro. Por eso se hacia necesario reforzar sus filas.

---

[1] V. I. Lenin. Obras, t. 26, págs. 1 y 3, 4° ed. en ruso.

[2] V. I. Lenin. Marx, Engels, Marxismo, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1948, págs. 379-380, Moscú.

[3] En la sala del Teatro Alejandro de Petrogrado fueron celebradas las sesiones de la denominada Conferencia Democrática, convocada por los mencheviques y los eseristas, cuyo objetivo consistía en fortalecer las posiciones del Gobierno provisional.

[4] V. I. Lenin. Marx, Engels, Marxismo, 2ª ed., Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1948, págs. 384-385, Moscú.

[5] V. I. Lenin. Marx, Engels, Marxismo, 2a ed., Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1948, págs. 386-388, Moscú.

[6] V. I. Lenin. Obras, t. 26, pág. 207, 4a. ed. en ruso.

[7] V. I. Lenin. Obras escogidas en dos tomos, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1948, t. II, págs. 295-296, Moscú.

[8] V. I. Lenin. Obras, t. 26, pág. 230, 4ª. ed. en ruso.